

AJUSTES REFERENCIALES Y LA SOBREVIVENCIA DE TEMAS ROMANCÍSTICOS

BEATRIZ MARISCAL HAY
(El Colegio de México)

RESUMEN

Cuando Juan de Escobar publica su *Hystoria del muy noble y valeroso caballero, el Cid Ruy Díaz de Bivar*, a principios del siglo xvii, recogía una larga tradición impresa en pliegos sueltos y romanceros, presente en manuscritos o en la tradición oral de su tiempo. Su obra, nos aseguraba, estaba libre de ficciones y mentiras. Pero como es bien sabido, los romances, al igual que los poemas épicos y la historiografía en que se basaban, habían sufrido cambios y ajustes a través del tiempo y del espacio, de acuerdo con los intereses, comprensión o memoria de sus transmisores.

En este trabajo me interesa analizar esos ajustes referenciales propios de los textos tradicionales en el romance de *El Cid y Búcar* o *El moro que reta a Valencia* (“Hélo, hélo por do viene”), un romance presente en la tradición oral moderna, en tanto ejemplo privilegiado de ese fenómeno cultural.

PALABRAS CLAVE: Romancero del Cid, *El moro que reta a Valencia*, ajustes referenciales.

ABSTRACT

When Juan de Escobar publishes his *Hystoria del muy noble y valeroso caballero, el Cid Ruy Díaz de Bivar* (‘The History of the very noble and courageous knight the Cid Ruy Díaz de Bivar’) at the beginning of the 17th century, he was the recipient of a long tradition of printed and manuscript ballad (romance) texts, as well as of a living oral tradition. His book, he assured us, was free of fictions and lies. But, as we well know, romances, as well as the epic poems and the historiography on which they were inspired, had been subject to changes and adjustments throughout time and space, as a result of varying interests, understanding or memory of those who transmitted such texts.

In this article I’m interested in analyzing the adjustments that occur in the romance *El Cid y Búcar*, also known as *El moro que reta a Valencia* (“Hélo, hélo por do viene”), a traditional romance still present in modern oral tradition, as a privileged example of this cultural phenomena.

KEYWORDS: Cid romances, *El moro que reta a Valencia*, referential adjustments.

La gran abundancia de romances de tema cidiano que circulaban en los siglos XVI y XVII en España y Portugal, impresos en pliegos sueltos y romanceros, en manuscritos, o bien en la tradición oral, permitieron al compilador Juan de Escobar reunir nada menos que noventa y seis textos romancísticos referidos al Cid en su *Hystoria del muy noble, y valeroso caballero, el Cid Ruy Díez de Bivar*; una obra que —sin entrar en la discusión sobre cuál de las ediciones conocidas de las que se tiene noticia fue la primera, si la publicada en Lisboa en 1602 (o 1610 según la fecha que aparece en la licencia), o una desconocida edición de Burgos de 1593 citada en una licencia de una edición sevillana de 1639 y una más de Cádiz de 1664), un tema ampliamente tratado por Ramón Menéndez Pidal, Antonio Pérez Gómez (1956: 447-463), Arthur Askins (1973, “Introducción”) y Antonio Rodríguez Moñino (Escobar 1973: “Estudio”)— logró tal éxito que no tardó en ser reeditada numerosas veces en las imprentas de diversas ciudades. Menéndez Pidal señalaba la existencia de diecisiete ediciones fechadas entre 1612 y 1695, en Alcalá, Lisboa, Segovia, Zaragoza, Madrid, Valencia, Cádiz, Sevilla, Burgos y ya en pleno siglo XVIII, entre 1702 y 1757 otras nueve ediciones: Pamplona, Cádiz, Madrid y Barcelona (Menéndez Pidal, 1951, II, p. 166). La compleja historia editorial de los romances cidianos continúa siendo tema de importantes estudios de Alejandro Higashi (2017) y Nicolás Asensio Jiménez (2019) quien considera además traducciones y la tradición oral moderna.

Con su selección de textos de romances, Escobar ofrecía a don Rodrigo de Valenzuela, Regidor de la Ciudad de Andújar, una obra libre de ficciones y mentiras, una “historia verdadera, y tan sabida por todos que no ay quien no sepa los hechos maravillosos del Cid”. Su historia tenía además el atractivo de ir “en romances a lo antiguo” (Escobar, 1605, f. 3v).

La crítica ha señalado como fuente de los textos publicados por Escobar: el *Romancero* de Lorenzo de Sepúlveda (reimpreso 13 veces entre 1550 y 1584) del que proceden 37 textos; 17 del *Romancero general* de 1600, 5 de la *Rosa española* de Juan Timoneda y 1 del *Romancero historiado* de Lucas Rodríguez. De los 36 textos restantes 12 proceden de pliegos sueltos publicados a fines del siglo XVI y principios del XVII, mientras que la fuente de los 24 textos restantes no había sido identificada en 1973, cuando Moñino y Askins publicaron la edición del *Romancero* de Escobar que manejo (Escobar, 1973)¹.

Esta lista da cuenta de dónde sacó el compilador una parte importante de las versiones de romances que publica, pero la crítica nos ha ayudado a comprender de dónde salió la materia de los romances, los hechos que contaban, los cuales, aclaraba Escobar, eran de todos conocidos, a pesar de que muchos de los textos eran “tan antiguos que ya casi no avía memoria dellos”.

Dada su temática, es posible relacionar los romances relativos a la historia de España que recogió la imprenta en los siglos XVI y XVII con los cantares épicos que retenían cierto nivel de difusión en los siglos XIV y XV cuando se supone que nacen los romances basados en ellos. Estos cantares habían sido objeto de ajustes de índole política y social, lo mismo a fines del siglo XIII que en los siglos posteriores cuando la imprenta empezaba a jugar un papel importante en la difusión del conocimiento, ajustes que se evidencian en los textos cronísticos que aún los utilizaban como fuente de información (Catalán, 2000, p. 368).

En su importante estudio sobre la épica española, Diego Catalán (2001, p. 52) en una ampliación a lo expuesto por Menéndez Pidal en torno al poema de *Mío Cid* propone que en su *Estoria de España*, Alfonso X había utilizado una versión del *Mío Cid* coincidente con el manuscrito de Vivar, es decir, una versión de los hechos fechable en 1144, y que por lo tanto, no se trataba de un recuento contemporáneo de los hechos, sino de la visión que el autor del

¹ Rodríguez Moñino señala que tampoco Menéndez Pidal había identificado el origen de esos textos que podrían haber procedido de la tradición oral.

Mío Cid había vertido en el poema, la cual constituía una interpretación política del pasado al que hacía referencia y a la cual se imponía un nuevo sistema de valores morales e intelectuales en la crónica (Catalán, 1995, pp. 111-162).

Ya para fines del siglo XIII, en la *Crónica de Castilla*, refundición de la *Estoria de España*, además de las acciones que le atribuía la historia, el Cid había adquirido una infancia y juventud que lo mismo explican esas acciones que le dan un giro importante a su personalidad². Numerosas de esas novedades relativas al Cid recogidas y suavizadas por la refundición de la *Estoria de España* procederían de una gesta, perdida como tantas otras, las *Mocedades de Rodrigo*, de fines del siglo XIII; una gesta dedicada ya no al héroe nacional en su madurez, sino en su juventud. Frente a un Rodrigo ejemplo de mesura, prudencia, fidelidad como vasallo, conocedor del derecho y creyente de una ley igual para todos, ejemplo de amor filial y defensor de su familia, el Cid aparecía como un joven lleno de arrojo y arrogancia ilimitada, que despreciaba cualquier ley o norma que interfiriera con la concepción de su ser, un guerrero insolente que sólo dependía de sí mismo y por tanto carecía de respeto frente a cualquier autoridad instituida (Menéndez Pidal, 1910, pp. 137-141).

Escobar pretendía ofrecer la “historia verdadera” del Cid, que quedaba reflejada en los romances que publicaba, pero como necesariamente no era la única verdad sobre el Cid que circulaba en su tiempo, en las ediciones españolas de su compilación apareció publicado con el número 84 un romance que atacaba a “Quantos dizen mal del Cid”: los detractores — ignorantes de romances, murmuradores, escritores de novelas o un hijo de padre desconocido— negaban que el Cid hubiera vencido batallas después de muerto y que hubiera sacado la espada al judío que quería tirarle la barba, algo que no debería ponerse en duda; después de todo —nos dice el romance— “Dios se acuerda de los suyos”. Esos detractores consideraban además que el Cid no debería haber demandado a los Condes de Carrión, pero, aclara, si te pasara a ti, ¿qué harías? (Escobar, 1973, pp. 228-229).

Dos siglos después de la publicación de la *Historia del Cid* en romances de Escobar, al reunir en su *Primavera y flor de romances. Colección de los más viejos y más populares romances castellanos*: “[las flores] más genuinas y sencillas [...], nacidas espontáneamente, y crecidas sin cultura y arte, sí, pero hijas de la fuerza creadora del sol de verano” (Wolf y Hoffman, 1856, pp. iii-iv), los eruditos Fernando José Wolf y Conrado Hofmann ofrecían a los lectores del siglo XIX una extraordinaria colección de romances tradicionales que incluía hasta 39 textos romancísticos de tema cidiano (32 temas más 7 variantes). El criterio de selección de los textos, en este caso, respondía al deseo de los editores de ofrecer a los lectores de su tiempo textos antiguos representativos de los textos publicados en romanceros y cancioneros de los siglos XVI y XVII y no de mostrar al Cid de acuerdo con una visión determinada políticamente.

Como afortunadamente esas flores genuinas y sencillas siguieron floreciendo en numerosas aldeas españolas y portuguesas, en las comunidades sefarditas de Marruecos y, en menor medida, en la América hispana, a instancias de Ramón Menéndez Pidal y María Goyri, de Diego Catalán, de Carolina Michaelis de Vasconcellos y de los muy numerosos investigadores que han seguido sus pasos, la recolección de romances tradicionales ha continuado, con lo que ahora contamos con un enorme caudal de textos romancísticos hijos, no de la fuerza creadora del sol de verano, como declaraba poéticamente Wolf, sino de la memoria colectiva de numerosos transmisores que los recuerdan.

Dentro del repertorio de romances recogidos de la tradición oral moderna podemos encontrar aún romances de tema cidiano, si bien con mucha menor frecuencia que en siglos pasados. En el *Catálogo General Descriptivo del Romancero Pan-hispánico*, un proyecto del

² La crítica llegó a considerar a la *Crónica de Castilla* como una especie de Crónica particular del Cid (Catalán, 2001, p. 279).

Seminario Menéndez Pidal dirigido por Diego Catalán del que desgraciadamente sólo se publicaron 4 volúmenes en 1982-1983, dos de ellos dedicados a la explicación teórica del *Catálogo* en español e inglés (vols. 1A y 1B) y los otros dos (vols. 2 y 3) a los romances de contexto histórico nacional, se registran un total de 82 romances, de los cuales, 17 son de tema cidiano (Catalán, 1982-1983).

Como pone en evidencia el *CGR*, los romances que han sobrevivido al paso del tiempo y al cambio radical de una cultura campesina de base oral a una en la que la oralidad juega un papel marginal son, sobre todo, aquellos en los que la figura del Cid corresponde a la representada por la epopeya tardía, la de las *Mocedades*: *Rodriguillo venga a su padre* (IGR 0002); *Cabalgó Diego Laínez* (IGR 0036); *Destierro del Cid* (IGR 0003); *Jimena pide justicia* (IGR 0001); *Afuera, afuera, Rodrigo* (IGR 0021); *La jura de Santa Gadea* (IGR 0035) y *El moro que reta a Valencia* (IGR 0045).

Si bien en los primeros siglos de vida de los romances tradicionales los cambios en la figura del Cid podían coincidir con cambios políticos, en el XIX y XX, a pesar de retener elementos de valor histórico, los ajustes son más bien internos a los relatos, aclaran lo que las acciones de los protagonistas significan para sus transmisores, independientemente de las referencias históricas o políticas.

El más estudiado de los romances cidianos que han continuado en la tradición oral es, sin lugar a dudas, *El moro que reta a Valencia* (IGR 0045), también conocido como *El Cid y Búcar*, *El moro que perdió Valencia*, o simplemente por el incipit “Helo, helo, por do viene”³.

Críticos como Diego Catalán (1969), Giuseppe Di Stefano (1967) y Paul Bénichou (1968) han dedicado muchas y brillantes páginas a este romance, cada uno con un enfoque particular; agregar algo a lo dicho por estos críticos sería temerario, pero es referencia casi obligada al hablar de los romances que tratan de personajes o hechos de valor histórico nacional, ya que constituye un ejemplo privilegiado de la doble característica definitoria del Romancero tradicional, la herencia, relacionada con el deseo de los transmisores de romances de memorizar y transmitir esos textos tal y como los escucharon, lo que implica su memorización textual, verso a verso; y la innovación, resultado de la necesaria descodificación que hacen del relato sus receptores a fin de poder memorizarlo y del deseo de transmitirlo lo más cumplidamente posible, es decir, de manera comprensible para sí y para quienes lo escuchan, lo que exige dar al relato una causalidad culturalmente pertinente a sus transmisores.

La fidelidad en términos de herencia es notable. La comparación entre las versiones antiguas y las modernas que han hecho los críticos y en especial Diego Catalán, muestran una continuidad extraordinaria lo mismo verso a verso que entre varios de los elementos de la intriga narrativa del romance. De manera especial, permanecen los versos que constituyen el incipit más común, versos propios de esa tendencia del romancero tradicional a la dramatización de los hechos, a traer la acción al presente observable; son versos que anuncian la llegada del moro ante la ciudad que se encuentra bajo el dominio del enemigo: “Helo, helo, por do viene, / el moro por la calzada”, junto con los versos con los que el moro apostrofa a la ciudad que pretende reconquistar: “Oh Valencia, oh Valencia, / de mal fuego seas quemada // primero fuiste de moros / que de cristianos ganada” (León, Zamora); “Oh Valencia, Valencia, / oh Valencia Valenciana // no passaria l’espai d’un tiempo / que de moros serás tornada” (Barcelona). Las variantes son mínimas, ya sea que se trate de versiones del siglo XVI o del siglo XX.

³ *Primavera*, “Romance del rey moro que perdió a Valencia” (Wolf y Hofmann, 1856, n.º 55, pp. 175-178). Señala como fuentes el *Cancionero de Romances* s.a., f. 179; *Cancionero de Romances* 1550, f. 188; *Silva* de 1550 t. I, f. 102; Timoneda, *Rosa español*; *Floresta de varios romances*.

En cuanto a innovación, la crítica ha destacado el episodio que se refiere a la estratagema ideada por el Cid para entretener al moro mientras se apresta a atacarlo, un episodio que, en opinión de Paul Bénichou sería una acción inverosímil en un relato épico, pero que el romance moderno es, precisamente, esa intriga (1968, p. 131). La centralidad de ese episodio constituiría en su opinión, y de la crítica en general, la novelización del romance.

En sus memorables conferencias en la Universidad de Columbia (abril de 1909), sobre “El Romancero”, Menéndez Pidal había propuesto que la poesía heroica se había hecho verdaderamente nacional y popular cuando se había pintado de amor (Menéndez Pidal, 1971, p. 15). En su opinión, el pueblo prefería la universalidad del elemento novelesco al particularismo arcaico del relato épico (Menéndez Pidal, 1971, p. 212).

Peo no se trata, en mi opinión, simplemente de la novelización de un romance de tema épico, en cuanto tendencia propia de la vida tradicional de esos romances, sino de la búsqueda de sus transmisores de una causalidad de los hechos narrados culturalmente pertinente a ellos.

De ahí que en ese episodio el retador, caracterizado originalmente por su galanura y riqueza: “caballero a la ginetá / encima una yegua baya // borceguís marroquíes / y espuela de oro calzada”, como correspondería a un rey moro, sea redefinido por la tradición en términos de su fiereza: “Un ojo trae de vidrio / y el otro alcoholado // un oído trae sordo / el otro trae atapado” (Marruecos); “Allí viene el perro moro / a todos desafiando // ya tiene los dientes romos / de morder a los cristianos” (León).

Una forma diferente de concebir al enemigo, que, para sus transmisores, justificaría que, ante las amenazas que lanza: “Aquel perro de aquel Cid / prenderlo he por la barba”, amenazas en las que incluye a su mujer: “doña Jimena / será miña cautivada” (Zamora), o: “Ximena Gómez / esa ha de ser mi esclava” (Sevilla); y a sus hijas: “Uma me ha de hacer la lumbre / la que me limpie y me barra” (Zamora), “La más joven / la que me lleve a la cama” (Marruecos, Sevilla, Zamora) el defensor de la ciudad y del honor de su familia, antes de lanzarse contra el enemigo decida idear una estratagema para entretenerlo mientras prepara su ataque, una táctica dilatoria en la que no duda en involucrar nada menos que a su hija. “Aprisa ponte el vestido / aprisa el zapato calza” (Zamora); “Aquel moro que allí viene / hija mía, Blanca Flor // me lo entretiene en palabras / las palabras sean pocas // de amores sean tocadas” (Zamora, León). Y cuando la joven le dice: “Ay padre de la mi vida /, ay padre de la mi alma, // yo de eso nada sabía, / yo de eso no sé nada” (León); en vez de recapacitar, va mucho más allá, al responder con un inaudito: “Yo te enseñaré mi hija / como si fueras usada” (Marruecos). Una acción inaceptable a menos que el enemigo sea tan terrible que pueda justificarse que utilice a su propia hija en vez de protegerla.

Cabe aclarar que aunque varios de los versos que registran algunas de las versiones modernas puedan ser identificados con otros temas romancísticos, la utilización de versos o motivos procedentes de otros romances no es necesariamente un proceso de contaminación de romances entre sí, un deseo de combinar temas, sino la utilización de los transmisores de romances de un lenguaje poético-narrativo propio del Romancero que sirve a la explicación de algún elemento del relato que los ocupa, una práctica propia de un hablante de ese lenguaje.

Ese deseo de encontrar la causa de las acciones narradas llevó a la tradición a convertir a la hija no en un mero instrumento de la estratagema del padre, sino en protagonista del desenlace. El juego amoroso que el padre propició sin tomar en cuenta su inocencia, es la causa de que la hija no solamente entretenga al moro: “Bien venido seas, morico, / larga fue a tua tardada” (Tràs-os-Montes), “siete años había siete, / que por ti no visto delgada” (Zamora, Tràs-os-Montes), sino que llegue a compadecerse del moro con quien cruza

palabras de amor y a temer por su vida, por lo que: o le avisa que debe huir ya que su padre se apresta a matarlo “Vai-te daí, o Moirinho, / não digas que te fui falsa” (Vinhais), o inclusive le ofrece irse con él: “Si no fuera por temor, / me lançaria als seus braços // — Ja se pode ben tirar, / la tomaré a pes de braços; // si a pes de braços no basta/ la tomaré amb ma capa” (Ripoll).

Nietzsche proponía que el fragmento del mundo exterior del que tomamos conciencia surge después del efecto que este produce en nosotros y sólo a posteriori se proyecta como causa. En su opinión, aceptamos como ley natural que la causa es el antecedente lógico temporal de un efecto, pero el efecto exige una explicación, una causa (Nietzsche, 1967).

Un moro que amenaza tiene que ser monstruoso, terrible, un rey que es atacado busca una resolución basada más en la astucia que en el valor, una joven que es conminada a enamorar a un joven galante —moro o no— puede terminar compadeciéndose de él, y hasta enamorándose de él —enemigo o no—.

El efecto busca su causa.

Según nos dice la historia, el rey moro Búcar efectivamente conminó al Cid a que abandonara la ciudad de Valencia que había gobernado Yuçuf, su pariente, ya que estaba dispuesto a atacar con sus tropas, pero lo hizo por medio de una carta. La versión romancística resulta, indudablemente, más atractiva con la actualidad que le presta la dramatización de la amenaza, poco importa que no sea un hecho derivado ni de la épica ni de las crónicas, poco importa también que históricamente el enfrentamiento entre el Cid y Búcar no vaya precedido de una estratagema para entretener al retador sino que se dé en el campo de batalla.

El relato del encuentro entre el Cid y Búcar puede terminar con la huída del retador después de la persecución a caballo, como indicaban las crónicas “el rey moro ferido metiosse en las naves”: “Embarcó muy presto en ella, / que no se detuvo en nada”; “El Cid llegando al falucho / el morito ya pasaba” (Sevilla), o con su muerte: “E no corpo do rei moro / ficou lo ferro cravado” (Madeira), o “La cabeça entre los hombros / al suelo se lo arrojara” (Marruecos), la solución que ofrecía la épica. Tal vez la razón de la huída que ofrecían las crónicas sería que Búcar no podría haber muerto en un episodio anterior al asalto a Valencia que liderea y que tiene lugar cuando ya ha muerto el Cid.

La tradición romancística opta por una u otra posibilidad dependiendo no de lo que pueda decir la historia, sino de lo que considera pertinente al relato.

La intención de Escobar al reunir los romances cidianos de su obra era presentar una visión particular del héroe, lo mismo puede decirse de los cantares épicos y las crónicas, pero los romances son literatura y son mensajes culturalmente pertinentes para sus transmisores, por lo que a pesar de su deseo de ofrecer un texto lo más fiel al texto aprendido, la comprensión del relato necesariamente juega un papel en lo que transmiten.

El Cid del romance de *El moro que reta a Valencia* no está necesariamente de acuerdo con la visión que daban de él la épica y la historiografía, pero el cambio no tiene que ver con una revisión política del héroe, para la tradición oral moderna lo que importa es que el relato tenga sentido, que corresponda a la concepción cultural de sus transmisores, de ahí que la caracterización de los protagonistas sea esencial en términos de la causalidad de las acciones que se narran tal y como ellos las perciben.

La historia ha pretendido siempre ser la representación precisa de la verdad, pero bien sabemos que esa verdad es relativa, ya que la selección misma de hechos y su combinación causal están necesariamente determinadas bien por una intención política y social particular, bien por la comprensión misma de la información. Menéndez Pidal señalaba que, aunque la

épica o la historiografía eran registros de materia histórica, no eran necesariamente la única verdad de los hechos históricos; a pesar del valor histórico que podía tener la epopeya y la historiografía que se basaba en ella, se trataba de situaciones, costumbres, idearios y ambientes de un alto interés histórico, más que del registro de hechos concretos (Menéndez Pidal, 1948, p. 13-34).

Gracias al proceso de transmisión tradicional de los textos romancísticos: transmisión / recepción / memorización / transmisión, con lo que cada uno de de estos aspectos del proceso implica en términos de la necesaria descodificación del mensaje que será retenido en la memoria y reproducido recodificado cuanto sea transmitido, los romances cidianos, al igual que los otros romances cuyo contexto identificamos con la historia nacional, recuerdan datos de valor histórico pero no son meros registros inexactos de hechos históricos pertenecientes a un pasado lejano, especies de reliquias culturales, sino productos culturales que brindan a la comunidad que los retiene en la memoria colectiva la oportunidad de comentar sobre hechos y situaciones pertinentes al contexto cultural en el que vive, organizados en bellos relatos poéticos, flores genuinas y sencillas de los prados y montes de la [poesía] popular.

El romance de *El moro que reta a Valencia* es un espléndido ejemplo de ese fenómeno cultural.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Asensio Jiménez, N. (2019). Cuatro siglos de romanceros del Cid, un estado de la cuestión. *RILCE*, 35 (2), 319-46.
- Askins, A. L. F. (ed.) (1973). *Juan de Escobar, Historia y Romancero del Cid (Lisboa, 1605)*. Castalia.
- Bénichou, P. (1968). *Creación poética en el romancero tradicional*. Gredos.
- ([1547]). *Cancionero de Romances en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que fasta agora se an compuesto*. Martín Nucio. Reed. facsímil en: Menéndez Pidal, R. (ed.) (1914). *Cancionero de Romances impresso en Amberes sin año*. Centro de Estudios Históricos.
- (1550). *Cancionero de Romances en que están recopilados la mayor parte de los Romances Castellanos que fasta agora se an compuesto. Nuevamente corregido emendado y añadido en muchas partes*. Martín Nucio. Reed. en: Rodríguez Moñino, A. (ed.) (1967). *Cancionero de Romances*. Castalia.
- Catalán, D. (1969). *Siete siglos de Romancero (Historia y poesía)*. Gredos.
- Catalán, D., Cid, J. A., Mariscal, B., Salazar, F., Valenciano, A. y Robertson, S. (1982-1983). *El Romancero pan-hispánico. Catálogo general descriptivo*, 4 vols. Seminario Menéndez Pidal.
- Catalán, D. (1995). El Mío Cid y su intencionalidad histórica. En M. M. Caspi (ed.), *Oral Traditions and Hispanic Literature. Essays in Honor of Samuel G. Armistead* (111-162). Garland.
- Catalán, D. (2001). *La épica española. Nueva documentación y nueva evaluación*. Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- Di Stefano, G. (1967). *Sincronía e diacronía nel Romancero*. Universidade de Pisa.
- Escobar, J. de (1973). *Historia del muy noble y valeroso caballero, el Cid Ruy Díaz de Vivar: en Romances: En lenguaje antiguo (1605)*, A. Rodríguez Moñino (ed.). Castalia.
- Higashi, A. (ed.) (2017). *Romancero e historia del muy valeroso cavallero, el Cid Rui Díaz de Bivar, en lenguaje antiguo, recopilado por Juan de Escobar*. Frente de Afirmación Hispanista.

- Menéndez Pidal, R. (1948). Alfonso X y las leyendas heroicas. *Cuadernos hispanoamericanos*, 1, 13-34. Reed. en: Menéndez Pidal, R. (1951). *De primitiva lírica y antigua épica*. Espasa Calpe.
- Menéndez Pidal, R. (1951). *Romancero Hispánico*, 2 vols. Espasa Calpe.
- Menéndez Pidal, R. (1971). *Estudios sobre el Romancero. Obras completas*. Espasa Calpe.
- Nietzsche, F. W. (1967). *The Will to Power*, W. Kaufmann (trad.). Random House.
- Pérez Gómez, A. (1956). Miscelánea Cidiana. En *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, VI (447-463). Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Patronato Marcelino Menéndez y Pelayo.
- (1947). *Romancero General (1600, 1604, 1605)*, A. González Palencia (ed.). CSIC.
- Wolf, F. J. y Hoffmann, K. (1856). *Primavera y flor de romances. O colección de los más viejos y más populares romances castellanos*. En casa de A. Asher y Comp.